

llegando primero á Bath. Pero estaba la plaza muy bien guarnecida por el Rey, y Feversham se aproximaba á toda prisa. Los rebeldes, por tanto, no intentaron siquiera atacar las murallas, antes se apresuraron á continuar hacia Philip's Norton, donde hicieron alto al anochecer del 26 de junio.

Feversham les siguió allí, y en la madrugada del 27 llegaron alarmantes nuevas de que el enemigo estaba cerca. Dióse orden para la pelea, y cubrieron los senderos que conducían á la ciudad.

Pronto apareció la vanguardia del ejército real. Constaba de unos quinientos hombres mandados por el Duque de Grafton, joven de ánimo esforzado y rudos modales, deseoso probablemente de hacer ver que no había tenido parte en los desleales proyectos de su medio hermano. Pronto se encontró Grafton en un estrecho y hondo sendero que por ambos lados limitaban dos pendientes, de donde los rebeldes hacían vivo fuego de mosquetería. Continuó sin embargo valerosamente hasta llegar á la entrada de Philip's Norton donde el camino estaba cortado por una barricada, de la cual recibía un tercer fuego de frente. Sus gentes entonces se desalentaron y emprendieron la retirada á toda prisa, no sin que antes de salir del sendero cayesen más de ciento entre muertos y heridos. Acudieron á cortar la retirada á Grafton algunos destacamentos de caballería, pero él, batiéndolos animosamente, logró escapar sano y salvo (1).

Rechazada así la vanguardia, se replegó sobre el grueso del ejército real. Halláronse entonces frente á frente ambas huestes, y se cambiaron algunos tiros que apenas produjeron efecto. Ni los rebeldes ni las

(1) *London Gazette*, julio 2, 1685; Barillon, 6 (16) de julio; *Wade, Confession*.

tropas reales parecían deseosos de trabar batalla. Feversham no quiso pelear mientras no llegase su artillería, y se retiró á Bradford. Monmouth, tan pronto cerró la noche, abandonó sus posiciones, marchando en dirección al Mediodía, y al amanecer llegó á Frome, donde esperaba encontrar refuerzos. Era aquella ciudad tan devota como Taunton ó Bridgewater, mas no pudieron los habitantes hacer nada en su favor. Habíanse amotinado algunos días antes, fijando la declaración de Monmouth en la plaza Mayor, mas al llegar el tumulto á noticia del Conde de Pembroke, que á poca distancia de allí se hallaba al frente de la milicia del Wiltshire, había marchado inmediatamente sobre Frome, puesto en fuga una indisciplinada multitud de campesinos que con hoces y horcas intentaron oponérsele, logrando entrar fácilmente en la ciudad y desarmar á los habitantes. No había, pues, allí armas, y Monmouth tampoco las tenía (1).

XXXIV.

DESALIENTO DE MONMOUTH.

El ejército rebelde se hallaba, pues, en situación difícil. La marcha de la noche precedente había sido fatigosísima; la lluvia no había cesado de caer á torrentes, y los caminos se habían convertido en pantanos. Nada se sabía de los prometidos socorros del Wiltshire. Un mensajero trajo la nueva de que las fuer-

(1) *London Gazette*, 29 de junio, 1685; *Citters*, 20 de junio (10 de julio).

zas de Argyle [se habían dispersado en Escocia. Otro refirió que Feversham, á quien al fin se había incorporado la artillería, se disponía á avanzar. Monmouth conocía demasiado la guerra, para no saber que sus gentes con todo su valor y su celo no podían hacer frente á tropas regulares. Hasta aquí habíale animado la lisonjera esperanza que alguno de aquellos regimientos que en la época anterior habían servido á sus órdenes se pasaría á sus banderas, mas ya al presente no era posible hacerse tales ilusiones. Apoderóse el desaliento de su corazón. Apenas podía mostrar firmeza suficiente para el mando. En su miseria quejábase amargamente de los malos consejeros que le habían inducido á abandonar su feliz retiro en Brabante, prorrumpiendo especialmente contra Wildmand en violentas imprecaciones (1). Y entonces un pensamiento ignominioso cruzó por su débil y agitada mente. Quería dejar á merced del Gobierno aquellos millares de infelices que, obedeciendo á su llamamiento y con el solo fin de secundar sus planes, abandonarían sus tranquilos campos y moradas. Él, en tanto, se daría á la fuga con los principales jefes, ganaría un puerto de mar antes que sospechasen su huída, se refugiaría en el Continente, y allí olvidaría su ambición y su vergüenza en brazos de lady Wentworth. Sériamente discutió estos proyectos con sus principales consejeros, algunos de los cuales, temblando por sus cabezas, aprobaron su resolución; pero Grey, quien según sus detractores era intrépido en todas partes con tal que no viese brillar las espadas ni los mosquetes entrar en acción, se opuso con gran ardor á plan tan vergonzoso, implorando de Monmouth que antes arrostrase todos los peligros que

(1) Harl. MS. 6.845; Wade, *Confession*.

pagar con ingratitud y traición el generoso celo del paisanaje del Oeste (1).

Abandonóse, pues, el proyecto de fuga; mas no era ya empresa fácil formar un plan de campaña. Avanzar hacia Londres fuera locura, porque el camino atravesaba la llanura de Salisbury; y en aquel vasto y abierto espacio, las tropas regulares, y sobre todo la caballería, tendrían en su favor todas las ventajas luchando con gente indisciplinada. Así las cosas, llegó al campo la noticia de que los campesinos de los pantanos inmediatos á Axbridge se habían levantado en defensa de la religión protestante, y armándose como pudieron con garrotes, horcas y mayales, acudían á millares á reunirse en Bridgewater. Monmouth determinó, pues, volver allí y reforzar sus tropas con los nuevos aliados (2).

Siguieron por tanto los rebeldes en dirección á Wells, á donde llegaron en actitud no muy pacífica. Eran, con pocas excepciones, enemigos de los prelados, y mostraban su hostilidad de un modo que les hacía muy poco honor. No sólo sacaron el plomo del techo de la magnífica catedral para hacer balas, acto que podrían disculpar las necesidades de la guerra, sino que por mero capricho mutilaron los ornamentos del edificio. Grey logró, con gran trabajo, librar el altar de los insultos de algunos rufianes que deseaban convertirlo en teatro de sus excesos, permaneciendo ante él con la espada desnuda (3).

(1) Wade, *Confession*; Eachard, III, 766.

(2) Wade, *Confession*.

(3) *London Gazette*, 6 de julio, 1685; Citters, 3 (13) de julio; Oldmixon, 703.

XXXV.

REGRESA Á BRIDGEWATER.

El martes, 2 de julio, entró Monmouth nuevamente en Bridgewater, en circunstancias mucho menos li-sonjeras que al partir de allí diez días antes. El re-fuerzo que se le incorporó era de poca importancia. El ejército real se acercaba en su persecución. Por un momento pensó en fortificar la ciudad, y centenares de trabajadores recibieron orden de levantar trinche-ras y barricadas. Mas luego acudió á su mente el plan de internarse en el Cheshire, plan que había recha-zado como impracticable cuando se hallaba en Keyn-sham, y que seguramente no era más practicable ahora que estaba en Bridgewater (1).

XXXVI.

ACAMPAN LAS TROPAS REALES EN SEDGEMOOR.

Mientras así vacilaba entre proyectos igualmente imposibles, las tropas reales se hallaban á la vista. Constaban de unos dos mil quinientos hombres de tropas regulares y mil quinientos milicianos del Wilt-shire. En la madrugada del domingo, 5 de julio, sa-lieron de Somerton, y aquel mismo día plantaron sus

(1) Wade, *Confession*.

tiendas á tres millas próximamente de Bridgewater, en la llanura de Sedgemoor.

Acompañábales el Dr. Pedro Mew, obispo de Win-chester, que en su juventud había peleado por Car-los I contra el Parlamento. Ni los años ni su profesión habían extinguido por completo su bélico entusias-mo, y probablemente creería que la presencia de un padre de la Iglesia protestante en el campo real po-dría afirmar la lealtad de algunos que dudaban entre su horror al papismo y su horror á la rebelión.

Dícese que el campanario de la iglesia parroquial de Bridgewater es el más alto de todo el Condado de Somerset, y desde allí se descubre en una vasta ex-tensión el país que le rodea. Monmouth, acompaña-do de algunos oficiales, subió á la cima de la torre cuadrada en que se asienta el campanario, y observó de allí con un anteojo la posición del enemigo. A sus pies se extendía un valle, cubierto hoy de campos de trigo y árboles frutales, pero que á la sazón, según lo indica su nombre (1), era en su mayor parte cenagoso pantano. Cuando llovía mucho y el Parret y sus tri-butaríos se desbordaban, esta región era casi siempre inundada. Formaba parte antiguamente de aquella vasta llanura, famosa en nuestras más antiguas cró-nicas por haber detenido la marcha de dos razas su-cesivas de invasores. Por mucho tiempo había prote-gido á los Celtas contra las agresiones de los reyes de Wessex, y había servido de refugio á Alfredo contra la persecución de los Daneses. En aquellas edades remotas sólo en barcas se podía atravesar el país. Era un inmenso estanque donde se veían esparcidos mul-titud de islotes de suelo resbaladizo é inseguro, cu-biertos de espesa maleza, abundantísima en venados

(1) *Sedge-moor, pantano de juncos.*—N. del T.

y jabalíes. Aun en tiempo de los Tudors, el viajero que iba de Ilchester á Bridgewater veíase obligado á dar un rodeo de algunas millas para evitar el encuentro de las aguas. En el momento en que Monmouth dirigía la vista á Sedgemoor, ya el terreno había sufrido alguna alteración, viéndose cortado por anchas y profundas zanjas, á que dan en el país el nombre de *rhines*. Veíanse en mitad del llano, agrupadas en derredor de las torres de las iglesias, algunas aldeas, cuyos nombres parecen indicar que un tiempo habían estado rodeadas por las aguas. En una de éstas, llamada Weston Zoyland, estaba acampada la caballería del Rey, siendo además el lugar elegido por Feversham para su cuartel general. Aun viven algunas personas que han conocido á la hija de la muchacha que aquel día le sirvió la comida, y en la vecindad se conserva una gran fuente de loza que estuvo sobre su mesa. Es de notar que la población del Somersetshire no se componía, como la de los distritos manufactureros, de emigrados de distintos lugares, no siendo en modo alguno extraordinario encontrar aldeanos que hoy trabajan la misma tierra cultivada por sus antepasados, cuando los Plantagenets reinaban en Inglaterra. Las tradiciones del Somersetshire tienen, por tanto, gran importancia á los ojos del historiador (1).

Algo más distante de Bridgewater está la aldea de Middlezoy. En aquella aldea y sus inmediaciones

(1) Matt. West. Flor. Hist., A. D. 788; Crónica manuscrita, citada por Sharon Turner en la *Historia de los Anglo-Sajones*, lib. iv, cap. xix; Drayton, *Polyolbion*, III; Leland, *Itinerary*; Oldmixon, 703. Oldmixon se hallaba entonces en Bridgewater, y probablemente vió al Duque en la torre de la iglesia. El foso mencionado en el texto es propiedad de Mr. Stradling, quien, con diligencia digna de todo elogio, ha procurado conservar los restos y tradiciones de la insurrección del Oeste.

había acampado la milicia del Wiltshire, á las órdenes de Pembroke.

En mitad del llano, no lejos de Chedzoy, veíanse acampados algunos batallones de infantería regular. Monmouth los contempló con tristeza. No podía menos de recordar que algunos años antes, á la cabeza de una columna compuesta de aquellos mismos soldados, había hecho huir en confusión á los feroces sectarios que defendían el puente de Bothwell. Fácilmente podía distinguir entre las filas enemigas aquella tropa valerosa llamada entonces, del nombre de su coronel, el regimiento de Dumbarton; mas en lo sucesivo fué denominado el primero de línea, y en las cuatro partes del mundo ha mantenido gloriosamente su antigua fama. «*Conozco aquellos hombres*, dijo Monmouth; *se batirán como buenos; si pudiese contar solamente con ellos, todo iría bien*» (1).

Sin embargo, el aspecto del enemigo no era para infundir gran desaliento. Las tres divisiones del ejército real estaban acampadas á grandes distancias. Notábanse como apariencias de descuido é indisciplina en todos sus movimientos. Decíase que los soldados sólo pensaban en embriagarse con la cidra de Zoyland. Era además notoria la ineptitud de Feversham, que mandaba en jefe, el cual, aun en este momento supremo, no hacía más que comer y dormir. Churchill era ciertamente caudillo capaz de empresa más ardua que dispersar una multitud de paisanos mal armados y sin organización. Pero el genio que en época posterior humilló á seis mariscales de Francia, no se hallaba en el puesto que le correspondía. Feversham apenas dirigió la palabra á Churchill, ni siquiera le preguntó su opinión. El lugarteniente, que

(1) Oldmixon, 703.

sabía cuán superiores eran sus aptitudes y su ciencia, impacientado por la conducta de su jefe, á quien despreciaba, y temblando por la suerte del ejército, conservó, sin embargo, su peculiar sangre fría, disimulando sus sentimientos con tal arte, que Feversham, alabando su sumisión, prometió hablar del asunto al Rey (1).

Monmouth, que había observado la disposición de las tropas reales y no ignoraba el estado de abandono en que se hallaban, imaginó que un ataque nocturno podría tal vez tener buen éxito, y, decidido á correr el azar, mandó inmediatamente disponerlo todo.

Era domingo; y los rebeldes, en su mayor parte educados en las ideas puritanas, pasaban muchas horas del día entregados á prácticas religiosas. *Castlefield*, donde estaba acampado el ejército, presentaba un espectáculo como no se había visto en Inglaterra desde la dispersión de los soldados de Cromwell. Los predicadores disidentes que habían tomado las armas contra el catolicismo, y algunos de los cuales habían tomado parte en la gran guerra civil, oraban y predicaban, vestidos de rojas casacas, con grandes botas de rodillera y la espada al costado. Ferguson era uno de los que arengaban. Eligió para texto de su sermón la imprecación horrible con que los israelitas que habitaban allende el Jordán se libraron de la culpa que por ignorancia les achacaban sus hermanos de la otra orilla del río. «*El señor Dios de los Dioses, el señor Dios de los Dioses lo sabe é Israel lo sabrá, si es rebelión ó si es transgresión contra el Señor, que no nos salve en este día*» (2).

(1) Churchill á Clarendon, 4 de julio de 1685.

(2) Oldmixon, 708; *Observer* de 1.º de agosto, 1685.

No ignoraban en Bridgewater que á favor de las tinieblas de la noche se iba á atacar al enemigo. La ciudad estaba llena de mujeres, que habían acudido á centenares de toda la comarca á ver á sus maridos, á sus hijos, á sus amantes ó á sus hermanos. Hubo aquel día muchas y muy tristes despedidas, y gran parte de los que se despidieron no habían de volverse á ver más (1). La noticia del proyectado ataque llegó á oídos de una joven partidaria entusiasta del Rey. Aunque de carácter tímido, tuvo valor de decidirse á llevar por sí misma la noticia á Feversham. Salió, pues, de Bridgewater y se encaminó al campo real. Mas no era aquel campamento lugar á propósito para que una doncella inocente se considerase segura, y los mismos oficiales, mostrando igual desprecio á las fuerzas irregulares contra que iban á combatir y al negligente general que los mandaba, se habían entregado completamente á la bebida, hallándose en estado de cometer cualquier exceso de licencia y crueldad. Uno de ellos detuvo á la infeliz doncella y negándose á escuchar su mensaje, la ultrajó brutalmente. Ella huyó angustiada de rabia y de vergüenza, abandonando el depravado ejército á su suerte (2).

Llegó por fin la hora de jugar el gran azar. La noche no era mal apropiada para tal empresa. Es verdad que el cielo estaba sereno. La luna lucía en toda la fuerza del plenilunio, y los resplandores boreales brillaban como nunca encendidos en viva luz. Pero la

(1) Paschal's *Narrative* en el *Apéndice* de Heywood.

(2) Kennet, edición de 1719, III, 432. No puedo menos de admitir como verdadera tan lamentable historia. El Obispo declara que le fué comunicada en 1718 por un bravo oficial de los Azules, que había peleado en Sedgemoor y había visto á la pobre muchacha al partir llena de desolación.

niebla del llano era tan espesa en Sedgemoor, que á cincuenta pasos no se distinguía absolutamente ningún objeto (1).

XXXVII.

BATALLA DE SEDGEMOOR.

El reloj dió las once, y el Duque, acompañado de su guardia de Corps, salió del castillo. No era el estado de su espíritu muy á propósito para dar un golpe decisivo. Los mismos chicos que se atropellaban para verle pasar observaron y recordaron por mucho tiempo que su mirada era triste, y parecía presagiar un desenlace funesto. El ejército se puso en marcha por

(1) *Relación de un oficial de guardias de á caballo*, en Kennet, ed. 1719, III, 432; *Diario de la Rebelión del Oeste*, manuscrito que posee Mr. Eduardo Dummer; Dryden, *La Cierva y la Pantera*, parte II.

Los versos de Dryden son muy notables.

Such were the pleasant triumphs of the sky
For James's late nocturnal victory,
The pledge of his almighty patron's love
The fireworks which his angels made above,
I saw myself the lambent easy light
Gild the brown horror and dispel the night.
The messenger with speed the tidings bore
News which three labouring nations did restore;
But heaven's own Nuntius arrived before.

«Tales fueron las señales de triunfo con que el cielo mostró su regocijo por la victoria nocturna de Jacobo, las prendas de amor de su omnipotente Señor, los fuegos artificiales que los ángeles hicieron brillar en las alturas. Yo mismo vi la luz rauda y ligera dorar las negras tinieblas, haciendo huir la noche. Veloz fué el mensajero portador de la nueva que devolvió la calma á tres naciones, pero el nuncio celeste había llegado antes.»

un camino de rodeo que tendría unas seis millas de extensión hacia el campamento real de Sedgemoor. Parte del camino aun lleva hoy el nombre de Sendero de la Guerra (War Lane). A la cabeza de la infantería habíase puesto el mismo Duque. La caballería fuera confiada á Grey, á pesar de las objeciones de algunos que recordaban la desgracia de Bridport. Dióse orden que todos marchasen en silencio, sin que se oyese ni un tambor, sin disparar un solo tiro. La palabra que debía de servir á los insurgentes para reconocerse en la oscuridad era *Soho*. Habíase elegido, indudablemente, en recuerdo de Sohofields en Londres, donde estaba el palacio de su caudillo (1).

A eso de la una de la mañana del lunes 6 de julio, los rebeldes se hallaban en el campo abierto. Pero les separaban del enemigo tres anchos fosos llenos de agua y lodo. De dos de éstos llamados *Black Ditch*, y *Langmoor Ditch*, Monmouth tenía conocimiento. Pero, cosa extraña, ninguno de sus espías le había anunciado la existencia de una zanja llamada *Bussew Rhine*, situada en las inmediaciones del campamento real. Los carros que conducían las municiones quedarón á la entrada del pantano. La caballería y la infantería pasaron en larga y estrecha columna el *Black Ditch* por un sendero. Otro semejante había para atravesar el *Langmoor Rhine*, pero el guía á causa de la niebla equivocó el camino. Hubo alguna dilación y desorden mientras se rectificaba el error; al fin se efectuó el paso, pero en medio de la confusión que esto

(1) Muchos escritores han dicho, y Pennant es uno de ellos, que el distrito denominado Soho, en Londres, debe su nombre al santo y seña del ejército de Monmouth, en Sedgemoor. Hácese mención de Soho Fields en libros impresos anteriormente á la rebelión del Oeste, por ejemplo, en el *Estado de Inglaterra en 1634*, de Chamberlayne.